

ESPAÑA, PORTUGAL Y LA OTAN

UNA intensa actividad diplomática ha comenzado estos días, y se continúa en los próximos, dentro de Europa Occidental. Tiene como eje la sesión habitual de primavera de la OTAN, en Bruselas, dotada de un dramatismo especial, por la presencia del Presidente Ford, quien también visitará otros países de dentro y de fuera de la Alianza; y que ha sido precedido por su secretario de Estado, Kissinger, que se ha entrevistado en Viena con el ministro soviético de Asuntos Exteriores, Gromyko. Una serie de reuniones bi o trilaterales de Jefes de Estado y ministros del Exterior se produce en torno a estos acontecimientos y en uno de carácter aparentemente protocolario, como es la cena del Rey Balduino en honor de Ford, que suministra algunos pretextos: por ejemplo, el Presidente de la República Francesa, Giscard d'Estaing, asistirá a la cena, pero no a la reunión de la OTAN —Francia sigue considerándose ajena a la Alianza militar, respetando la ruptura del General De Gaulle—; y quizá también (sin confirmar) asistiría Costa Gomes, Presidente de la República de Portugal.

TODO este gran aquelarre de Jefes de Estado y de ministros de Asuntos Exteriores tiene, como fondo, el estado militar y económico de la Alianza, tras la caída de Indochina, que ha deteriorado la imagen de Estados Unidos como protector y, sobre todo, después de los acontecimientos del llamado «flanco sur»: esto es, el Mediterráneo, el extremo oriental de Grecia y Turquía, el central de Italia —donde hay una tensión política y económica máxima—, el occidental de Portugal donde se desarrolla una revolución y, naturalmente, el «caso» de España, que no es miembro de la Alianza, pero que está ligada a ella por los acuerdos de defensa de los Estados Unidos, y donde los futurólogos occidentales estiman la posibilidad de cambios políticos formales.

La cuestión de España se ve, principalmente, como una consecuencia de la de Portugal. Es decir, como una posible sustitución, e incluso como un frente de contención. Toda la diplomacia portuguesa gira en estos días en torno a esta cuestión, con un solo tema: el de convencer a los miembros de la Alianza de que Portugal permanece fiel a ella y que la presencia de comunistas en el Gobierno no implica ni abandono ni traición. Es el tema de las visitas de ministros portugueses a Washington y a Bonn y de la de Kissinger a Lisboa. Parece que en los círculos políticos de Occidente esta posibilidad de mantener a Portugal, e incluso la de que los militares portugueses terminen por desprenderse del partido comunista, se considera bastante posible. Pero los centros más conservadores lo dudan, la OTAN —por su carácter defensivo y militar— representa el mayor conservadurismo de esta zona. La CIA, el Pentágono, que tanta influencia tienen sobre la Alianza, exponen sus temores de que Portugal pueda ser la Cuba de Europa. Kissinger ha llegado a decir que un comunismo formal en Portugal llegaría a justificar una intervención armada de sus propias fuerzas, incluso de las de la OTAN.

NO es este el punto de vista de la mayoría de los europeos. Los países europeos de la Alianza sufrirían sin duda graves crisis interiores, producidas por la opinión de izquierdas, si emprendieran una clase de acción militar, o incluso una política demasiado ruda, con un Portugal cuya evolución está aún muy dudosa. La política que en general pretenden, especialmente Alemania Occidental —que acaba de conceder un sustancioso crédito a Portugal, durante la visita de Melo Antunes a Bonn—, Francia y Gran Bretaña, es la de «ayudar a las fuerzas democráticas de Portugal»; hacer ver que los socialistas portugueses tienen la confianza y la amistad de los países europeos (Soares juega esa misma carta internacionalista en el interior: su año de ministro de Asuntos Exteriores le ha dado una enorme facilidad para hacer las relaciones exteriores de su partido) e incluso hacer ver a los militares que no sería nada mal vista una verdadera dictadura militar, justificada por el tránsito, a condición de que ello alejase del poder a los comunistas. Al mismo tiempo que tratan de evitar que Portugal llegue a ser Cuba, lo que sería, indefectiblemente, si un tratamiento de sanciones, expulsiones, bloqueos y amenazas se pusiera en marcha, se buscaría ya un punto de apoyo en España.

ESPAÑA ofrece una solidez anticomunista histórica y una facilidad también histórica —considerando como histórica básica del momento actual los últimos treinta y tantos años— a participar en la defensa contra un enemigo antioccidental. En el caso de una falla en Portugal,

ofrecería una sustitución geográfica importante; pero también se podría tener la seguridad de que sus fronteras con Portugal impedirían cualquier clase de expresión ideológica. Portugal, naturalmente, difiere de Cuba en el sentido de que Cuba podía irradiar su carácter revolucionario al contexto iberoamericano, y esto no sucede aquí. Los puntos de vista de la Europa Occidental parecen ser los de favorecer unos cambios formales en la estructura política española, de forma que ésta pudiera pertenecer a la OTAN sin que hubiera contradicciones mayores con la carta fundacional, contradicciones que los vigilantes países nórdicos no pudieran denunciar. La posición de Estados Unidos es más radical, en el sentido de que no son necesarios demasiados cambios en España, porque su actual contextura política ofrece bastantes seguridades: el viaje de Ford a Madrid el 31 de mayo y el 1 de junio indica claramente que Estados Unidos no tienen objeciones de ningún estilo a la situación política española actual, y que desearían verla, tal cual es, dentro de la Alianza: si los cambios se produjesen, nunca podrían ser en contra del sentido general de la OTAN y de las necesidades defensivas de Estados Unidos. Una solución que Occidente consideraría como ideal sería la posibilidad de que España ingresase simultáneamente en el Mercado Común y en la OTAN (y, claro, en todos los organismos europeos dependientes).

NADA de lo escrito hasta ahora indica cuál es la posición oficial española con respecto a estas especulaciones y proyectos: son solamente expresiones de los puntos de vista ajenos. Podría colegirse de algunos signos que la posición oficial no ha variado mucho desde los tiempos del primer acuerdo con Estados Unidos, sino en el sentido de estimar más su propio valor, de encarecer el precio de su integración en la Alianza, desde el momento en que aparece como una pieza imprescindible. Aparte de la posición oficial hay una opinión muy influyente, que es la de la extrema derecha, para la cual la solución mejor sería la de un pacto bilateral directo con Estados Unidos y la de que en cualquier caso no se produjese ningún cambio en la forma política española: el precio que Occidente debería pagar por contar con la encarecida España sería el de la admisión pura y simple de sus condiciones. Por otro lado, los que se consideran como beneficiarios inmediatos del cambio posible, los demócratas formales y liberales, de cuyas filas se segregan continuamente enviados hacia Europa y visitantes de nuestros visitantes oficiales, tratarían de conseguir una «europeización» del país.

NATURALMENTE que la base general de estas semanas de alta diplomacia van mucho más allá de problemas de áreas o zonas: es el gran diálogo entre Europa y los Estados Unidos lo que está en juego. Los Estados Unidos tratan, como siempre, de ser los dirigentes militares de Europa, en razón a sus incomparables posesiones de fuerza. Y Europa tiene menos posibilidades que hace unos años en constituir una fuerza aparte. Parece haber un consenso general de los europeos, por lo menos en los «grandes» —es decir, en Gran Bretaña, Francia, RFA, incluso Italia— en ceder las cuestiones de defensa común a Estados Unidos (lo cual no es exactamente el punto de vista americano, que querría tener la dirección, pero no el esfuerzo: es decir, que la OTAN estuviese más nutrida por militares, por presupuestos europeos de lo que lo está hasta ahora, para ahorrarse gastos) y, mientras tanto, construir su propia instrumentación política. La OTAN constituirá en este caso para Estados Unidos una baza importante en su coexistencia con la URSS. Se habla incluso de un nuevo Yalta, en el sentido de una amplia negociación entre Estados Unidos y la Unión Soviética que implicase un reparto del mundo en «zonas de influencia», que serían algo más de lo que el eufemismo de su nombre implica: auténticas zonas de hegemonía. Las conversaciones Kissinger-Gromyko serían un preludio a esa gran negociación.

LOS Estados Unidos están ahora libres de dos hipotecas terribles que han condicionado su política en los últimos años: Watergate y la península indochina. Están, por lo tanto, en condiciones de dirigir toda su fuerza hacia la originalidad política anterior: el entendimiento global con la URSS y el reparto del mundo el contencioso de Oriente Medio podría resolverse en este contexto). Se está asistiendo a una nueva época en la política internacional. El hecho de que España esté implicada, o pretendan que lo esté, nos hace seguir con muchísima atención este conjunto diplomático, político y militar que arranca ahora con el viaje de Ford. ■